

Empieza a leer 'Los griegos antiguos' de Edith Hall

PREFACIO

Entre los años 800 y 300 a. C., los pueblos que hablaban griego hicieron, en un periodo de tiempo muy breve, una serie de descubrimientos intelectuales que llevaron al mundo mediterráneo a un nuevo nivel de civilización, un proceso autodidacta muy admirado por los griegos y los romanos de los siglos siguientes. No obstante, como se explica en el presente libro, la historia de los griegos antiguos comenzó ochocientos años antes de ese acelerado periodo de progreso y duró al menos siete siglos más. Cuando los textos y las obras de arte de la Grecia clásica se redescubrieron en el Renacimiento europeo, cambiaron el mundo por segunda vez.

Dicho fenómeno se ha llamado el «milagro» griego, o la «gloria» de Grecia. Hay muchos libros titulados, por ejemplo, *El genio griego*, *El triunfo griego*, *La Ilustración griega*, *El experimento griego*, *La idea griega* e incluso *El ideal griego*; pero a lo largo de las dos últimas décadas se ha cuestionado la idea de que los griegos fueron excepcionales, subrayándose que, al fin y al cabo, solo fueron uno de los muchos grupos étnicos y lingüísticos del mundo mediterráneo antiguo. Mucho antes de que los griegos aparecieran en la historiografía, ya habían surgido varias civilizaciones complejas; entre otras, Mesopotamia y Egipto, los hititas y los hititas. Fueron otros pueblos los que proporcionaron a los griegos los avances técnicos cruciales: aprendieron el alfabeto fonético de los fenicios, y de los lidios, a acuñar moneda. Es posible que de los hititas aprendieran a componer complicados himnos cúbicos. En la época durante la cual los griegos inventaron la filosofía racional y la ciencia (después de 600 a. C.), sus horizontes se abrieron gracias a la expansión del imperio persa.

A finales de los siglos XIX y XX, nuestra comprensión de las otras culturas del Oriente Próximo antiguo avanzó a pasos agigantados. Ahora sabemos mucho más sobre los predecesores y los vecinos de los griegos que antes de un descubrimiento fundamental, a saber, la *Epopeya de Gilgamesh* en las tablillas de arcilla del valle del Tigris

(1853). Asimismo, no ha cesado de aumentar la publicación ininterrumpida de nuevos escritos en las lenguas de los pueblos que dominaron sucesivamente las fértiles llanuras de Mesopotamia (sumerios, acadios, babilonios, asirios); se han descifrado las palabras de los hititas en las tablillas encontradas en Hattusa (Turquía central) y las frases de las tablillas de Ugarit, norte de Siria, y siguen apareciendo nuevos textos y nuevas interpretaciones de los escritos egipcios, lo que requiere, por ejemplo, volver a evaluar la importancia de los nubios en la historia del norte de África.

No son pocos los emocionantes progresos que han revelado lo mucho que los griegos compartieron con sus predecesores y vecinos. Se han publicado exhaustivos estudios comparativos que muestran que el «milagro» griego fue solo un componente de un proceso constante de intercambios culturales. Los griegos fueron innovadores, pero nunca podrían haber progresado como lo hicieron si no hubieran adoptado muchas habilidades, ideas y prácticas de sus vecinos no griegos. Así pues, decir que se parecían mucho a sus vecinos del Oriente Próximo antiguo (Mesopotamia, Egipto, el Levante, Persia y Asia Menor) se ha convertido en una nueva ortodoxia, y algunos estudiosos han llegado al extremo de preguntar si los griegos inventaron realmente algo nuevo o si solo actuaron como vehículo gracias al cual se propagó por los territorios que conquistó Alejandro Magno, antes de llegar a Roma y a la posteridad, la sabiduría combinada de todas las civilizaciones del Mediterráneo oriental. Otros han visto en funcionamiento siniestros motivos racistas y acusan a los clasicistas de crear a su imagen y semejanza a los *más antiguos varones europeos blancos muertos*; algunos han afirmado incluso que esos historiadores han distorsionado y ocultado sistemáticamente las pruebas que confirman todo lo que los griegos antiguos debieron, más que a las tradiciones indoeuropeas, a los pueblos semitas y africanos.

En una palabra, la cuestión se ha visto dolorosamente politizada. Los críticos del colonialismo y el racismo tienden a no exagerar el carácter tan especial de los griegos de la Antigüedad. Por otra parte, los que siguen sosteniendo que tenían algo claramente distinto, e incluso superior, suelen ser conservadores muy interesados en demostrar la excelencia incomparable de los ideales occidentales y los juicios de valor culturales. Mi problema es que no encajo en ninguno de los dos campos. Me opongo, sin duda, al colonialismo y al racismo, y he investigado los abusos reaccionarios de la tradición clásica, pero mi compromiso constante con los griegos antiguos y su cultura me ha convencido aún más de que pusieron de manifiesto un conjunto de cualidades brillantes, difíciles de identificar en una combinación y una concentración semejantes en otras partes del Mediterráneo o en el Oriente Próximo antiguo. Tras esbozar esas cualidades en la

introducción, los diez capítulos de este libro son un viaje cronológico por los momentos importantes de la historia griega. También son un viaje geográfico, pues el centro de la actividad y de los logros griegos fue pasando, con el tiempo, de la península y las islas que forman la nación griega actual a importantes comunidades de Italia, Asia, Egipto, Libia y el Mar Negro. Con todo, la mayor parte de los griegos antiguos, por muy dispersos que estuvieran en el tiempo y el espacio, compartieron casi siempre la mayoría de las cualidades que, a mi entender, los definieron y que intentaré explicar aquí.

Tomados individualmente, la mayor parte de los logros griegos pueden considerarse paralelismos de la cultura de al menos uno de sus pueblos vecinos. Los babilonios ya conocían el teorema de Pitágoras siglos antes de que el célebre filósofo y matemático viniera al mundo. Las tribus del Cáucaso ya habían llevado la minería y la metalurgia a niveles sin precedentes. Los hititas habían progresado en la técnica de los carros, pero también eran muy cultivados: pusieron por escrito las pulidas y emotivas oraciones que se decían en la corte real en ocasiones oficiales, así como unos discursos jurídicos cuidadosamente argumentados, y fue un rey hitita quien fundó la historiografía griega cuando escribió una detallada crónica de la frustración que le había causado la incompetencia de algunos de sus oficiales durante el sitio de una ciudad hurriana. Los fenicios fueron unos marinos tan magníficos como los griegos. Los egipcios contaban historias semejantes a la *Odisea* sobre marineros que se extraviaban y regresaban tras muchas aventuras en el mar. Fábulas parecidas a las de Esopo se componían en un dialecto arameo arcaico de Siria y se conservaban en templos judíos. El diseño arquitectónico y los conocimientos y la experiencia técnicos llegaron al mundo griego procedentes de Persia a través de muchos trabajadores jonios griegos, llamados *yauna* en los textos persas, que ayudaron a construir Persépolis, Susa y Pasargada. Sin embargo, ninguno de esos pueblos produjo nada equivalente a la democracia ateniense, a la comedia griega, a la lógica filosófica o la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles.

No niego que los griegos vehicularon los logros de otros pueblos de la Antigüedad, pero funcionar, y con buenos resultados, como un vehículo, un canal o un intermediario ya es en sí un papel excepcional, para el que se requiere una amplia gama de talentos y recursos. Para hacer suyos conocimientos técnicos ajenos es necesaria la capacidad, llamémosla oportunista, para identificar un hallazgo o un descubrimiento afortunado, hacen falta excelentes destrezas comunicativas y una imaginación que permita ver que una técnica, un relato o un objeto pueden adaptarse a un entorno lingüístico y cultural diferente. En ese sentido, los romanos absorbieron provechosamente de los griegos logros sustanciales de su civilización, como luego

hicieron los humanistas del Renacimiento. Los griegos, por supuesto, no eran por naturaleza potencialmente superiores a otros seres humanos, ni desde el punto de vista físico ni desde el intelectual. De hecho, ellos mismos comentaron a menudo lo difícil que era distinguir entre griegos y no griegos, por no decir entre un hombre libre y un esclavo, si se eliminaban todos los símbolos de la cultura, la vestimenta y la ornamentación. No obstante, eso no significa que no fueran el pueblo adecuado en el momento adecuado para recoger, durante varios siglos, el testigo humano del progreso intelectual.

En este libro intento dar una versión de los griegos antiguos que se extiende a lo largo de dos mil años, desde aproximadamente 1600 a. C. hasta 400 d. C. Cabe señalar, en primer lugar, que vivieron en miles de asentamientos, pueblos y ciudades, desde España hasta la India, desde el gélido río Don en la esquina nororiental del Mar Negro hasta en las orillas de remotos afluentes cercanos a las fuentes del Nilo. Culturalmente eran flexibles, pues a menudo contraían matrimonio con otros pueblos; no concebían la desigualdad étnica determinada biológicamente, pues aún no se había inventado el concepto de «raza»; toleraban e incluso acogían con satisfacción a dioses extranjeros importados, y lo que los unió nunca fue tampoco la geopolítica. Con la discutible excepción del efímero imperio macedonio a finales del siglo IV a. C., nunca existió un Estado independiente apreciablemente distinto dirigido por oradores griegos, centrado en lo que ahora conocemos como Grecia – e incluyéndola–, hasta después de la Guerra de Independencia griega a principios del siglo XIX. Lo que los griegos antiguos compartieron fue su lengua polisílaba y flexible, que ha llegado hasta nosotros, en forma similar, a pesar de siglos de sucesivas ocupaciones de las regiones de habla griega por parte de romanos, otomanos, venecianos y otros pueblos. A mediados del siglo VIII a. C., la resistencia del griego se reafirmó gracias a la familiaridad de todos sus hablantes con algunos poemas escritos en esa lengua, sobre todo los de Homero y Hesíodo. Los griegos llevaban hasta cualquier lugar donde se asentaran a los principales dioses que se celebran en esos textos, y los adoraban en sus santuarios y con sacrificios. Sin embargo, en este libro la propuesta es responder a una sola pregunta: más allá de su capacidad de absorción cultural, de su lengua, sus mitos y el politeísmo del Olimpo, ¿qué tuvieron exactamente en común los griegos antiguos, que vivieron en cientos de comunidades distintas a lo largo y ancho de tantas costas e islas?